

## Santander

M<sup>a</sup> Antonia Pantaleón Urtubay, 93 años

Elena Martín Torres

### LA OTRA HISTORIA

- Buenas tardes M<sup>a</sup> Antonia, soy Elena, su compañera en el concurso “Tienes una historia que contar”.

- ¿Qué concurso? Yo no sé nada de ningún concurso.

Admitámoslo, se me cayó el alma a los pies. “¿Dónde me he metido?”, pensé. Con esa moral me presento el domingo a las 5 de la tarde en la residencia Siervas de María. Fuera lo que fuese lo que esperaba encontrarme, desde luego no era aquella mujer: M<sup>a</sup> Antonia está sentada en una silla de ruedas. Manos cuidadas, mirada inteligente. Se interesa por mí: qué estudio, si tengo algún chico por ahí... Como mi respuesta es afirmativa, sonríe y me da el primer consejo: “Si es bueno cuídale, de esos no hay muchos”. Me río y la miro divertida. Sigue preguntándome si salgo, qué hago... desde luego sabe en qué mundo vive. Incluso toca el tema religioso, llegando a la conclusión de que ella es hija de su tiempo, y yo del mío. Estoy todavía sorprendida de encontrarme con tanta fuerza y vitalidad cuando me pide que la disculpe un segundo; enciende la radio y mira si el Racing ha marcado, mientras comenta que cuando la entierren, quiere que lo hagan con esa radio. Encendiendo la grabadora, ignorando que no la voy a necesitar, y la miro a los ojos: se acomoda, toma aire y empieza a hablar.

¿La historia de M<sup>a</sup> Antonia? Es, como todas las historias, muy larga de contar, y sin un final a la vista. A sus 95 años ha visto, oído y actuado frente a innumerables situaciones, pero siempre con un sentido del humor fino, inteligente.

De su infancia, lo más bonito que recuerda son sus juegos en el paseo de Pereda, donde pasó los años más inocentes y felices de su vida. Se divertía hasta que la orquesta daba el ¡tachán! que marcaba la hora de irse a casa; fue niña hasta que el incendio de Santander la precipitó hacia la madurez. El 16 de febrero de 1941, la ciudad amaneció entre humo y fuego, destruyendo muchas casas. Una de ellas era la suya; de repente, se encontró con una madre viuda y siete hermanos, y sin absolutamente nada de la vida que el día anterior le pertenecía.

Pero uno de los misterios de la vida es que siempre, y a pesar de todo, una persona puede salir adelante; y M<sup>a</sup> Antonia salió, trabajó en el Hotel de Santander atendiendo a las familias afectadas, que, como ella, habían perdido todo, y se sacó las oposiciones. Esto último lo recuerda con especial cariño, pues arrancó unas cuantas carcajadas a los examinadores cuando éstos pensaron que el papel que sostenía entre las manos era un chuleta; ¡pero en realidad no era sino una estampa de la Virgen!

Miembro de la sección femenina de la Falange Española desde niña, y perteneciente a una familia de derechas, M<sup>a</sup> Antonia aborda el tema de la guerra civil desde un prisma personal y subjetivo; pero lo hace con un respeto y una sencillez que hacen que la escuche sin ningún tipo de prejuicio. Ella era contraria a la República, además de por ideas políticas, por el hambre que pasó; e igualmente, y como no podía ser de otra manera, conserva el más amargo de los recuerdos de los años de guerra. Llegados a este punto, M<sup>a</sup> Antonia repite varias veces “sólo fueron tres años”, con la silenciosa pregunta de quien no comprende como puedo haber tanto dolor en un periodo tan corto.

Durante ese tiempo, siguió trabajando como funcionaria. No obstante, su trabajo, de una fachada tan inocente, no era tal; ella, junto a un grupo de mujeres, se encargaba de preparar los mensajes, ocultos en el interior de revólveres, que pasarían a través de las montañas hacia los soldados del bando nacional. Eran conocidas como ‘las espías’, aunque a ella nunca le gustó esta consideración: simplemente hacía todo lo que estaba en



Recordar, compartir, aprender

su mano para ayudar a aquellos que, en su opinión, merecían la victoria.

Y fue por aquel entonces cuando M<sup>a</sup> Antonia creyó vivir su último día. Los republicanos aún mantenían algunos puntos de control en la ciudad, y se decía de ellos que mataban simplemente por el hecho de ser católico. Y conociéndose su tendencia no izquierdista, se atrevió a lo que ninguna de sus compañeras: llevó unas facturas a la boca del lobo, donde se encaminó con la cabeza bien alta y encomendándose a los cielos. Pero al sacar los papeles del bolso se le cayó el rosario al suelo; M<sup>a</sup> Antonia, pensando que la pegarían un tiro, observó, tratando de mantenerse serena, como un joven republicano con un pañuelo rojo al cuello se agachó y se lo puso educadamente en la mano. Aquel día, en el que, según M<sup>a</sup> Antonia, Dios la concedió un favor, presencié un rasgo de humanidad dentro de la barbarie que recuerda con emoción. Más aún sabiendo que, apenas dos días después, aquel muchacho del pañuelo rojo fue asesinado.

Entonces M<sup>a</sup> Antonia se enamoró. En medio de tanta desgracia decidió que sí había algo que valía la pena: su vida junto al hombre que eligió. Dejó de trabajar por complacerle, y viajó con él allá donde se lo requiriera su puesto de militar, instalándose finalmente en Santoña. Me cuenta como su marido acompañó a Franco en el desembarco en la Península durante la guerra civil, y como entre amigos apodaban al general el 'comandanti', dada su para nada excesiva estatura.

¿Fue un amor de película? No, fue un amor de su tiempo, con el pragmatismo siempre a la hora del día. Sin embargo, las cosas no siempre son lo que parecen, y cuando su marido enfermó, se descubrió que su historia en realidad, y tal y como dicen, superaba a la ficción. Once años cuidándole; 11 años sonriéndole; llorando por dentro. No importaron los meses sin salir de casa, lo difícil que fue salir adelante... La escucho impresionada, consciente del temblor que poco a poco va dominando su voz. Dios mío, esto es amor.

Y así es como, tras enviudar, M<sup>a</sup> Antonia vuelve a Santander, con los suyos. De eso hace ya diez años; hoy es la única hermana que queda, pero cuenta con un buen número de sobrinos a los que aconsejar. Fueron éstos quienes quisieron escribir sus memorias, sabedores de la ajetreada vida de su tía. Pero M<sup>a</sup> Antonia se negó, opinando que quedarían en alguna estantería cogiendo polvo. Lo importante dice, es hablar, comunicarse de tú a tú; así se aprenden las cosas. Quizá por ello a mí sí me ha permitido escucharla, zambullirme de lleno en su vida; quiere enseñarme, mirarme a la cara y decirme todo lo que voy a pasar en esta vida.

Noventa y cinco años frente a 18; dos caras de una misma vida que ella ya casi agotó y yo aún estoy por descubrir. Miro a M<sup>a</sup> Antonia y me veo reflejada, junto a miles y miles de jóvenes más: muertos de sed en un desierto, pero que no beben de la fuente que tienen al lado, ignorando las lámparas mágicas que, con tan sólo frotarlas, hablarán. Estoy perdida en un mundo que no entiendo, y no me había dado cuenta de que tengo mil historias de las que aprender, que me harán vivir lo que me espera de un modo más real. Y he tenido la suerte de descubrir una de ellas: la de una mujer que no vivió pasivamente, sino que luchó en las circunstancias que la tocaron, lidió con las desgracias y se ganó a pulso las alegrías. ¿Qué ha aprendido M<sup>a</sup> Antonia? Que no regalan nada. Y que la vida es maravillosa. Y si lo dice, es verdad.